

Tres siglos de identidad lasaliana

PEDRO GIL LARRAÑAGA

La motivación o el objetivo profundos de esta obra están en un hecho de dominio común: la pregunta por el sentido de las congregaciones religiosas dedicadas a la enseñanza ante el mundo que está viniendo. Se plantea, pues, la obra más como una mirada hacia adelante que como un recorrido histórico, en el sentido estricto de revisión de recuerdos.

La perspectiva es importante por cuanto define el talante y la proyección reales del estudio.

En efecto. Si pretendemos arrojar alguna luz sobre el porvenir, habremos de considerar el pasado desde una perspectiva muy especial. No miraremos en él tanto los acontecimientos como su significado. Y para hacerlo deberemos proveernos de los instrumentos adecuados: ¿cómo estudiar el pasado de modo que podamos comprenderlo, tanto en sí mismo como respecto de nuestro tiempo?

La clave de interpretación

El punto de vista adoptado es el de la estructura

¹Pedro M^a GIL LARRAÑAGA, *Tres siglos de identidad lasaliana (La relación Misión-Espiritualidad a lo largo de la historia FSC, Ed. Maison Générale FSC, Roma, 1994, 396 p.*

M <-----> E



I

Es importante clarificarla.

Por Misión (M) se entiende lo que como religiosos educadores deben hacer, es decir, aquello a lo que están llamados por su pueblo y por su Dios. Por Espiritualidad (E) se entiende el modo específico de encontrarse y ser encontrados por Dios, el estilo o modo de relacionarse con El. Del mutuo fecundarse de ambos términos, de su relación equilibrada, resulta la Identidad (I), la definición real de la persona que lo vive.

En este caso diremos, aplicando la estructura, que la Identidad del religioso educador consiste en la coherencia entre su modo de vivir la Misión y el Encuentro con Dios.

Lo cual es mucho más que una sencilla fórmula matemática o lógica. Supone la cuestión de vida o muerte para estas instituciones: ¿es posible el encuentro con Dios en el ejercicio concreto de la Misión?; ¿hay en el modo concreto de vivir la Misión alguna posibilidad específica de ser encontrados por el Señor?; ¿puede ese encuentro animar el modo de vivir la Misión, de un modo socialmente significativo?

¿Cómo lo ha ido viviendo una congregación concreta de Hermanos educadores?

Como puede verse, el punto de partida supuesto por la estructura antedicha es muy poco inocente.

Nos remite al otro paradigma desde el que habremos de considerar tanto el pasado como el porvenir. La Identidad del religioso (como la

del cristiano, sin más) se constituye en el diálogo o en la respuesta simultánea a dos llamadas: la de su Dios y la de su Tiempo o de su Pueblo.

Esta relación es el criterio conductor del estudio que comentamos. Partiendo, pues, de la consideración estructural mencionada, se aplica al estudio de la interrelación entre las dos llamadas, a lo largo de tres siglos de historia. Se supone, de partida, que al hacerlo habrán de derivarse luces tanto para comprender el pasado como sobre todo para recibir con sentido el futuro.

El estudio aplica estas perspectivas sobre el devenir histórico de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Y no condensaremos los resultados de la investigación en sí misma a continuación porque está presente en otro lugar de este mismo número de *Sinite*.

Sí, en cambio, interesa subrayar determinados puntos que se desprenden del estudio y que suponen una aportación significativa a la hora de construir toda una historia de la vida religiosa docente. Nos referimos a ellos a continuación, presentándolos como "signos", es decir, lugares sensibles de la historia de las instituciones sociales en la modernidad: son a la vez lugares clave de la historia de occidente y momentos clarificadores acerca de nuestras instituciones.

Signos mayores, por debajo de los acontecimientos

El estudio consigue trascender la hermosa peripecia familiar de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, para ofrecer una serie de signos mayores de alcance respecto de todas las instituciones semejantes.

El primero de todos está fechado entre 1690 y 1720: es la constitución de la moderna identidad del religioso educador en un contexto histórico determinado.

En esa época, señalada por los analistas como la generación del cambio de la conciencia europea, apareció definitivamente configurada la figura del religioso educador. Era el resultado de la confluencia entre los esfuerzos de la Iglesia (diríamos, incluso, "de las Iglesias cristianas") después de Trento y los de la sociedad por llegar a pensarse en términos nuevos (económicos, políticos, científicos, sociales...).

El hecho es que en esa generación confluyeron hombres como Newton, Locke, Saint-Simon, Espinosa, Bayle... Y muchos más que no viene al caso citar. Todos ellos se caracterizaron por proyectar sobre diversos sectores de la realidad de su tiempo un talante nuevo: racional, analítico, organizador, experimental. También ahora podríamos multiplicar los adjetivos, pero los indicados son suficientes para atisbar el cambio.

Pues bien: el señor de La Salle hizo lo mismo respecto de la escuela cristiana. Recogió la herencia de Calasanz, Fourier, Ward, Lestonnac y tantos otros... en un momento privilegiado. A partir de su generación todo sería distinto.

Sin él saberlo se convirtió en el secularizador de la catequesis por la mediación de la escuela cristiana. (Entendemos la secularización como el reconocimiento de la Humanidad de Dios, la consideración de lo humano como lugar teológico, la asunción de lo profano como el lugar de la manifestación de Dios..., exactamente igual de como apareció Jesús para sus contemporáneos).

Lo hizo por la vía de profesionalizar a sus maestros en la enseñanza de la lógica instrumental básica (lectura, escritura, matemáticas) y convirtiéndoles en personas consagradas de por vida a tal Misión, siempre cristianos laicos.

Este gran signo o correlación fundamental en la historia de los Hermanos de La Salle ha sido lógicamente el gran signo bajo el que se han constituido todos los religiosos educadores.

El asunto es muy fácil de comprender, por cuanto todos se han constituido o restablecido a partir del siglo XIX, es decir, el siglo en el que las premisas de la modernidad del XVIII se hicieron sistema de organización social. Todas las instituciones de religiosos educadores han nacido o crecido posteriormente al servicio de la relación entre el Evangelio y la organización racional de la sociedad. Cosa, repetimos, que era inimaginable antes de la generación 1690-1720.

Se comprende, a partir de ahí, dónde estará el resto de signos mayores o grandes correlaciones entre la historia de estos Hermanos (o la de cualquier otra de las instituciones semejantes) y el devenir de la Modernidad.

Encontraremos, ante todo, la circunstancia eje de la Revolución Francesa y la Restauración posterior. Supone la entrada oficial de categorías nuevas en la organización de la sociedad y una postura muy específica de lo cristiano ante este hecho.

Cuando esta circunstancia vaya apareciendo en las distintas sociedades del mundo, irán naciendo a la vez distintas formas de vida religiosa dedicadas a la educación o a la animación social en general. Y todas irán signadas por el mismo talante profundo de sus antepasados en la travesía del XVIII al XIX.

El asunto se hará definitivamente evidente a lo largo del XIX: cuando la organización entre burguesa e industrial se vaya adueñando de las sociedades. Entonces se verá la verdadera naturaleza de la relación inicial, allá en los primeros días del siglo XVIII, que nosotros hemos definido como el proceso de la secularización de la catequesis convertida ahora en escuela cristiana.

Todo el porvenir de las instituciones mencionadas dependerá de cómo se comprendan a sí mismas ante estas situaciones: si llegan o no a comprenderse como respuestas "seculares" a la llamada de Dios en un

mundo que se organiza racionalmente. Todo dependerá de si llegan o no a comprender los logros y las limitaciones de tal propósito o tal naturaleza.

En líneas generales y ahorrando un cúmulo de consideraciones, diremos que esa conciencia de aciertos y limitaciones sólo se efectuó entre los Hermanos de las Escuelas Cristianas a partir de los días posteriores al Vaticano II. Con una distancia de al menos ochenta años respecto de los grandes signos de la historia. Lo cual es, otra vez, una categoría común para todas las instituciones semejantes.

El hecho, lógicamente, se debía al nuevo espíritu supuesto por el Concilio para toda la Iglesia. Pero se debía, en el fondo, a la conciencia que se expandía por toda la sociedad occidental acerca de los logros y las limitaciones... de un proceso abierto hacía más de doscientos años.

El futuro, es decir, refundar

El estudio, concluyendo su recorrido de tres siglos, lleva a mirar hacia el futuro.

Muestra cómo en el camino habían ido apareciendo y atrofiándose las dos grandes mediaciones no previstas a lo largo de la circunstancia fundacional y que, sin embargo, hicieron posible su camino por la historia: el idealismo o racionalismo lógico y el Estado moderno.

El estudio alude al tema una y otra vez, porque sin él resulta incomprendible el camino de todos los Hermanos por la historia. Entre su concepción y el presente, agentes conformadores de su conciencia de sí mismos, están estos dos factores. Con su conocimiento se abre el futuro.

El idealismo o racionalismo les hizo nacer y crecer, al proyectarse sobre la escuela que ellos heredaban del barroco. Gracias a ello se

hizo moderna. Y también gracias a ello estaría un día a punto de convertirse en algo insignificante: se necesitaba sólo que fuera apareciendo un mundo en el que la pauta de vida no viniera marcada por tal lógica. Serían los días que hoy llamamos de la Postmodernidad.

Cuando llegaran, la mediación constitutiva del Ministerio del Hermano educador se podría convertir en su tumba.

Dígase lo mismo respecto de la función ejercida por el Estado nacido en la Revolución Francesa. Hizo posible el desarrollo de estas instituciones, pero ya al cabo de cien años se mostraba el agotamiento de su modo de presencia en los servicios de la animación social.

Para finales del XIX, allí donde la modernidad había caminado más rápida, era evidente la incompatibilidad entre la tolerancia de los ilustrados del XVIII y la estatalización de sus descendientes burgueses. El Estado ya no podía garantizar la libertad y la pluralidad doctrinal de su sociedad. Y arrancaron los conflictos.

Un siglo después, ya todo el mundo ha descubierto que el talante del Estado ha cambiado por fuerza ante los servicios sociales. En pocos años irá concluyendo su camino desde la gestión directa de un sector de la educación pública hasta la garantía indiferenciada de todas las instituciones educativas.

Eso llevará a los religiosos educadores a entender de otro modo su relación con el Estado y con la Sociedad. A la vez, habrán de continuar en su camino de completar la lógica del idealismo con la pertenencia a un mundo de dimensiones nuevas.